

*Volvió el pasado sin forma, sin aliento*  
*(2006, diez años después)*

**D**ESDE LA DIRECCIÓN de la penitenciaría de Soto del Real, una voz de hombre joven, serena y grave, la informa de que debe presentarse esa misma mañana en el Módulo de Custodia penitenciaria del hospital.

Sus lágrimas asoman escasas, son esas lágrimas pesadas que nos trae el rencor cuando le abrimos la puerta. Un rencor que ha terminado convirtiéndose en su mejor escultura, esculpida con disciplina, día a día, en el hueco que le ha dejado la esperanza. ¡Esa maldita esperanza! Mar creía haber logrado aislar los años de dolor en un departamento estanco donde no dejaba pasar la luz, donde los recuerdos domesticados no respiraban. Y ahora, una sola llamada vuelve a dibujarlo todo. La escultura quiere respirar, salir de la oscuridad, desprenderse de aquello que hasta este momento la mantenía oculta, callada. Al oír la voz al otro lado del auricular, se da cuenta de que ha dejado atrás esa edad en la que creía que cualquier amargura

era siempre de los demás, esa edad en la que no hay senderos, ni siquiera carreteras asfaltadas. Hay solo hilos, muchos hilos colgando de piñatas. Inmensas piñatas de colores balanceándose sobre su cabeza. Creía que, si tiraba con fuerza de uno de esos hilos, la felicidad con forma de juguete o chucherías se desplomaría sobre ella.

Mar apunta con torpeza en la palma de su mano el número de habitación. En su cabeza alguien le susurra una y otra vez las últimas palabras que acaba de escuchar. Álvaro Berni ha sido trasladado de urgencia, con fuertes contusiones en la nuca, el abdomen y dos piernas fracturadas. Su estado es muy grave.

La punta del bolígrafo resbala por su piel, los números no quieren permanecer, aprieta más fuerte, hasta sentir la punta de metal entrando en el músculo. Nunca ha sentido la muerte de Álvaro tan cerca aunque ella misma habría terminado con su vida en más de una ocasión.

Mar se viste sin prisa. Y lo hace de la misma manera que lo haría muchos años antes, en el mes de mayo de 1996. Calcula cuánto tiempo ha pasado sin oír su nombre, sin pronunciarlo siquiera; intenta torpemente contar los años en los que dejó de reparar en su existencia. No son tantos. Se sienta en la cama, detiene el tiempo y se frena a sí misma; no debe tener prisa, no hay prisa, ya no. Nada va a ser diferente si llega antes o después al hospital. Nada que ella pueda hacer va a alterar los acontecimientos; si es un asunto que pone en riesgo la vida de Álvaro, le importa menos todavía. Es más, está dispuesta a no llegar nunca a ese hospital si eso puede poner fin a todo. Nada parece ser definitivo, nada quiere terminar. Ha aprendido que

el pasado regresa por senderos pequeños, a veces abruptos, casi siempre en línea recta, mirando de frente, poco compasivo. Sabe que ese pasado acaba de saltar sobre ella hincando sus uñas, sabe que existir solo en el presente es existir a medias, porque el presente dura un instante. La última vez que estuvo frente a Álvaro, ella tenía apenas veintiocho años y ahora, una década después, todavía puede dibujar cada milímetro de su cuerpo, puede hasta clonarlo, esculpirlo en barro, tallarlo en madera o simplemente dar forma al hombre tal cual es, como hace Ron Mueck; sería como un instante de Álvaro en formato gigante: una figura viva en apariencia, pero presa de sí misma. Quizá es su olor lo que más teme. Ese olor que la envolvió tantas noches y que, cuando él ya no estaba, permaneció agazapado durante años en todos y en ningún sitio.

Aspira sus pensamientos, se levanta de la cama y termina de vestirse. Frente al espejo, sin apenas mirarse, recoge su mata de pelo rojizo en una coleta alta, esconde los tirantes del sujetador bajo una camiseta negra y se da un poco de carmín en los labios. El interés por su aspecto se lo ha ido robando el tiempo; evita fijar la vista, hablarse, hacerse más preguntas. Antes de llegar hasta la puerta recibe una segunda llamada; esta vez, la voz es diferente, algo más apagada, es de un hombre, quizá más joven que el anterior. En un tono aprendido, monótono y sin espacio para la réplica, el hombre, probablemente otro policía, le explica de forma exhaustiva cómo funciona el régimen de visitas en los módulos de custodia de presos del hospital. Advierte a Mar, sin apenas emoción, sin hacer más o menos hincapié en una palabra u otra, que debe presentarse con un documento oficial de identificación, que no lleve

alimentos, bebidas u objetos punzantes y que solo puede entrar con una muda para el recluso.

Mar cuelga el auricular por segunda vez. En ninguna de las dos conversaciones, de apenas dos minutos cada una, ha interrogado a los policías sobre el estado de Álvaro, ¿para qué hacerlo? El único estado en el que ella lo imagina es en el del abandono, la soledad entre rejas, un borroso perfil oscuro de lo que, un día, fue lo más importante de su vida. Ahora el simple hecho de pensar en una muda suya le revuelve el estómago. Recuerda perfectamente cómo, algunas semanas después de su desaparición, metió toda su ropa en un contenedor. Hoy los únicos calzoncillos que hay en su casa son los de Mateo. Si Álvaro está muriéndose o cagándose encima sin una muda lista, es algo que dejó de preocuparla hace mucho tiempo.

Mientras va de camino al hospital mira, una vez más, el número anotado en la palma de la mano: 537. Es en ese preciso momento, ante aquellos tres números, ante lo evidente de su significado y la desnudez de su forma, cuando es realmente consciente de lo que está sucediendo. Quizá Álvaro esté ya muerto cuando ella llegue o quizá se muera estando ella allí. Se imagina en el tanatorio de la M-30 con Mateo, un Mateo frío y lejano, que no hace preguntas, que no llora, ni apenas siente. Imagina un día soleado aunque ese sol no caliente. Un pasillo largo, puertas anchas a los lados, un suelo de mármol oscuro con exceso de brillo, un olor helado. Probablemente ella no tendrá que ocuparse de toda la burocracia: llegado el momento, lo harán ellos, los funcionarios de prisiones. Al fin y al cabo, es un preso, un convicto, lleva ya diez años siéndolo. Es

el Estado el responsable de todo lo que le suceda. Si muriese en las próximas horas, sería él el que corriese con los gastos, el que lo incinerase. No está segura de nada de eso. ¿Dónde llevan a los presos muertos? ¿Dónde llevan a los hombres que mueren solos?



*La ceguera de los que quedan no necesita luz*

**A**L MIRARLO ASÍ, irremediablemente dormido, busca en él algún rasgo infantil, un instante de bondad que pueda provocar en ella un atisbo de compasión. No lo logra. El antebrazo flácido reposa sobre su cuerpo. Los trazos en tinta de un viejo tatuaje que decora su piel parecen querer escapar entre los poros. La imagen de un sol que antaño parecía inmortal emerge casi enferma. Se da cuenta de que esa falsa serenidad y el tiempo que ha transcurrido desde que desapareció han terminado por convertirlo en un perfecto extraño. Su respiración le recuerda el sonido del viento menorquín, cuando las lamas ya viejas de la contraventana de su habitación lo atropellaban y, de niña, se asustaba. No puede dejar de mirar su cuerpo apagado, él y la cama parecen querer fundirse en un abandono común. Lo rodea un cansancio buscado que engulle la poca energía inerte que se distribuye de forma irregular por la habitación. Tan solo el piloto rojo de un televisor colgado de la pared le recuerda el mundo que hay ahí fuera, al que él es ajeno

desde hace años. Se pregunta si le quedarán ya recuerdos, recuerdos desdibujados. Y si esos recuerdos son todavía capaces de anclarlo a sí mismo. Y, sin dejar de mirarlo, los imagina como cadáveres en proceso de desintegración, restos de restos donde al final solo hay huesos. Todo lo demás, lo que es débil, caprichoso y necesitado, lo ha consumido el tiempo. Se pregunta si el cerebro, como una varita mágica, es capaz de revestir con órganos, músculos, piel y hasta colores los huesos de los recuerdos. Huesos blancos, limpios, suaves. Cree que él los ha vestido como a un muerto, con tejidos que han acompañado cada instante de su vida, cada estación.

Dentro del silencio seco de la habitación, Mar se permite escarbar en ese rostro, en esa máscara inhumana. Quiere demostrarse a sí misma que él ha sido capaz de fabricarse recuerdos nuevos. Es el presente lo que no se puede vestir o maquillar. ¿No es cierto que solo el presente respira? Es lo único que no está muerto, es el único instante vivo: un piloto rojo, el olor a heces... En algún momento de su vida en común, deseó muchas veces verlo frío, sin aliento. Deseó poder construir un puente que la elevara por encima de él, deseó sobrevolarlo. Dar ese paso del era al será, saltando el soy, el hoy. Detener el tiempo para detenerse ella y así encontrar una puerta hacia afuera. Sabía que esa puerta solo podía ser su muerte. Hoy vuelve a pensar en ello. Cierra los ojos para que esa idea desaparezca; no siempre lo logra, y se siente mal. Quiere hundir la mano muy adentro de ese cuerpo para encontrar quién fue él antes de que se convirtiera en lo que es hoy. Necesita poder reconciliarse unos segundos con la voz de aquel hombre que le sonreía detrás del objetivo de su cámara, del hombre que, con

voz dulce, leía versos para que ella pudiera conciliar el sueño; ya no suenan más versos. Hoy solo hay una Catrina esperpéntica atrapada en una vitrina. Sabe que todos tenemos vitrinas, que esas vitrinas, en algunas ocasiones, cuidan de nuestros objetos y, en otras, solo los atrapan. Y, sin apartar la vista de su rostro, repasa las vitrinas que ha visto desde que era niña. Siempre le causaron una especie de desasosiego, porque para ella no son otra cosa sino formas de atrapar instantes, los buenos, los que nos reconfortan. Cree que así podemos también detener el pasado y cambiarlo. ¿Cambiar el pasado? Le resulta extraña esa idea y se promete a sí misma volver sobre ella en otro momento.

La temperatura es la justa, la perfecta. En los hospitales siempre parece que lo sea. Son los grados exactos para conservar cuerpos dañados. Él no parece sentir frío; en realidad, no parece sentir nada. Piensa en el momento preciso en el que dejó de hacerlo de verdad. Sabe que fue antes de la muerte de su madre o quizá ese mismo día. Le gustaría poder asomarse a esa cabeza enferma. Quizá ahora su vida esté proyectándose como una vieja película o quizá no, quizá viva a través del sueño la vida de otro. Una especie de locura, de prolongada melancolía, de alienación, de huida. El cerebro salta por encima de todas las imágenes del pasado que nos hacen daño, borra recuerdos, se escabulle astutamente entre ellos. Eso sería una buena solución para alguien como él, alguien que sabe que morirá antes de tiempo. Todos morimos los primeros, dejamos nuestra vida vacía, alcanzamos el placer supremo, la ausencia del dolor, del sufrimiento. A lo mejor, él eligió otro camino, el de sumirse en ese sueño, en el cansancio, en la renuncia

a uno mismo, en el tedio de la vida, en el abandono de lo que fuimos, para no ser ya nada. Mar piensa de nuevo en la misma idea: el pasado sí puede cambiarse. Todo lo que ya no existe se transforma en recuerdo, ese recuerdo descansa en nuestra vitrina y esa vitrina es solo nuestra. Él no va a despertar, eso nunca debería suceder, el sueño en el que está sumido debería pertenecerle hasta su muerte. Siente que su propio pensamiento podría llegar a hacerlo, podría sacarlo del coma, susurrarle. Intenta dejar de pensar, de hablarse a sí misma. Cualquier sonido que emita la realidad podría convertirse en un estímulo, en la alarma de un reloj que no debe sonar jamás, no para él. La almohada recoge su piel flácida y el blanco prematuro de su pelo se pierde entre los pliegues de la funda, como si en cualquier momento fuese a ser engullido por ellos. Desde su boca entreabierta asoman restos de lo que algún día fueron unos dientes sanos. Respira a tropezones, cada bocanada es un segundo menos de vida, de perra vida, como diría él. El aire que entra en sus pulmones lo hace sin ritmo, como todo lo que ahora gira a su alrededor. Parece querer entregarse al privilegio de desaparecer en su propio sopor, de borrarse. Quizá mañana empiece un letargo más largo todavía, un sueño dentro de otro sueño. Quizá alguien lo encuentre frío. Mar no se estremece al imaginarlo así, frío, frío y muerto. Ya lo ha imaginado tantas veces que hoy su muerte sería solo un trámite, un sello azulado sobre un impreso, una cama vacía de hospital, unas horas en el tanatorio. Una muerte sin llanto. ¿Quién podría llorarle? ¿Mateo?

—Disculpe, señora; debe salir ya. Lleva aquí más de una hora y no está permitido. Mañana no seré yo el que esté de

guardia, aunque si viene temprano quizá tenga suerte y le permitan estar más tiempo.

¿Suerte? Esa palabra no le encaja ahora, le resulta un término lejano, casi inexistente. Sale de la habitación 537, sabe que mañana volverá. Recorre una vez más el pasillo que lleva a los ascensores. Unos metros por delante, un chico de pelo largo y rojizo golpea la pared con un bastón de ciego. Duda si acercarse para guiarlo hasta las puertas del ascensor; cuando se decide a hacerlo, observa cómo una mujer de pelo lacio y gris, que camina unos pasos por detrás de él, se apresura, con un gesto ya entrenado, a sostenerlo con firmeza por el brazo, mientras lo acompaña escaleras abajo. La idea de que un hombre joven sea invidente le produce un leve desasosiego, un reflejo de tristeza, de cierta derrota. Antes de descender por las escaleras, la mujer gira suavemente la cabeza; su mirada azulada, casi transparente, se desliza por el rostro de Mar. Adivina en esos ojos a una madre, una madre que sabe que la vida de su hijo y la suya son irremediabilmente la misma, una madre que quizá ha postergado su mundo, su futuro. Es una mujer cansada dentro de un cuerpo robusto.

Huele a lejía y cloro. Dos enfermeras ríen. Empujan una silla de ruedas transformada en anciana. Hablan del fin de semana y la anciana, con la mirada perdida, ya no entiende de fines de semana, sus días convertidos en silla no se cuentan de uno en uno, no hay semanas, ni siquiera meses. Sus días los dibujan las llamadas de teléfono, las visitas de sus hijos, las medicinas que tiene que tomarse o la serie de televisión de la sobremesa que aquí, en este hospital, quizá ya no pueda ver. Mira al infinito. Su escaso pelo desaparece con los rayos del sol

que entran por el vestíbulo y mueren en su silla. Es como un anestésico para los sentidos, resignación. Mar siente que, en este lugar, la resignación se apodera de todo y que al salir desprotegidos no tenemos más remedio que enfrentarnos solos al dolor, sin timbres en la oscuridad, sin otros como nosotros. Se pregunta si la anciana tiene recuerdos. Es posible que ya no tenga vitrina donde exponerlos. Su vitrina se quebró un día o quizá se fue quebrando poco a poco. ¿Será más feliz así? Imagina entonces a su padre, lo imagina sereno y erguido, enfrentando el pincel al lienzo blanco, seguro de lo que hace bajo el sol menorquín, en su isla, bajo esa cúpula de cristal que lo protege del dolor que está por llegar, de sus últimos años, del atardecer que cubrirá poco a poco esos días en los que la vida se escapa con la nitidez que solo la vejez procura. Las enfermeras continúan riendo.

Mar atraviesa el recinto, sale a la calle y respira hondo. Libera sus pulmones de la pesadez de su cabeza. Volverá mañana. No sabe si él estará vivo o muerto cuando abra la puerta de la habitación 537. Nunca se perdonaría a sí misma si no lo hiciera, y vivir sin el perdón de uno mismo es lo más parecido a correr hacia ninguna parte. Quizá mañana todo acabe. Quizá mañana sea el primer día de un futuro, incierto, sí, pero el único posible.

Busca con la mirada a Mateo en el parking. Lo encuentra apoyado en un coche. Al verla, él levanta la cabeza y esconde los ojos tras el pelo. Cada día le resulta más difícil poder escucharlo sin detestarlo al mismo tiempo aunque luego lo quiera, sin saber exactamente por qué. Caminan juntos en dirección a la calle Princesa y dejan atrás el hospital. Mateo va un paso por

delante. Ella lo observa como se observa a un extraño junto al que se anda en una ciudad cualquiera. Observa su espalda ancha balanceándose a un lado y a otro, un movimiento propio de su edad, desafiante con todo aquello que se cruza en su camino, desafiante hasta con lo que no conoce. Sus zapatillas deportivas arrastran el polvo del suelo como si le estorbare. A Mateo le estorba la vida, la aparta a manotazos. Sus brazos serpenteantes terminan en los bolsillos de un vaquero ancho y descolorido, que aparentemente no pretende resaltar ni hablar por sí solo. El aire parece dificultarle los movimientos. A Mateo la vida le pesa. Cada pocos minutos saca del bolsillo el teléfono móvil, le echa un vistazo y lo vuelve a guardar. Su pelo negro y rizado le cae por los hombros de la misma manera que caía el de su padre hacía muchos años, cuando todavía le brillaba. Mar no recuerda exactamente en qué momento dejó de fijarse en si brillaba o no, si estaba limpio o sucio. Simplemente dejó de mirarlo y entonces todo lo que ocurrió después sucedió sin más.

Mateo relaja el paso. Ella lo alcanza. Sabe que quiere preguntarle por él, por su padre, pero no va a hacerlo. Mateo nunca pregunta. Mateo se cuida mucho de mostrar interés por algo. Da igual si lo tiene o no. Cree que ese interés puede delatarlo, descubrirlo. Mateo siempre vive oculto, encogido dentro de sí mismo, mirando la vida desde los rincones, desde las esquinas donde nunca parece suceder nada. Caminan largo rato sorteando a la gente que ha regresado de sus vacaciones. Los últimos días de calor seco, sin apenas lluvia, han convertido el aire en algo que ni siquiera puede respirarse. Madrid se ha secado al final del verano.

Mateo dice que se va a casa. Ella no lo interroga y continúa caminando como si tuviera que ir a algún sitio. Busca un banco. Un banco para ella sola. Necesita el contacto del granito frío, rozar cualquier cosa que no sea humana, que no respire, que no sienta. Está frente a la fuente de la plaza, quiere atrapar el frescor del agua, fantasea con sentarse al borde y hundir los pies en ella. Su mirada busca aferrarse a cualquier cosa que no se llame ni Álvaro ni Mateo. Junto a la fuente llaman su atención un puñado de dibujos de apariencia infantil, expuestos a lo largo de media docena de paneles blancos. Despega el granito de sus muslos y se acerca. Son todos diferentes, pero hay algo que coincide en cada uno de ellos. Solo hay trazos. Trazos imperfectos que representan caras, cuerpos y objetos comunes. Continúa caminando mientras los dibujos se van sucediendo, todos iguales, pero a la vez distintos. Vuelve unos metros sobre sus pasos y descubre que no son dibujos infantiles; al menos, no están hechos por niños aunque el trazo sí lo parezca. La sorprende, además, la inexistencia de expresiones humanas nítidas. Los rostros son borrosos, pero encierran movimiento, la técnica es común a todos ellos: témpera. Al fondo del pasadizo observa como un chico sentado detrás de una mesa atiende a varias personas. Al aproximarse cree reconocer al mismo chico ciego que hacía un rato había visto en el hospital. Siente curiosidad. Es de mirada extraviada y aspecto desaliñado. Ordena varios montones de folletos explicativos sobre la exposición. Ella le observa durante unos segundos sin interrumpirlo. Él levanta la cabeza y la tuerce ligeramente buscando sus ojos. Sus pupilas parecen querer ajustarse, enfocar, hacen un esfuerzo por buscar, reconocer.

Su mirada, del todo imprecisa, parece detenerse en algún punto del rostro de Mar.

—Son trabajos de los chavales de mis talleres. Todos con ceguera. ¿Te gustan? —pregunta en un tono alegre que a Mar le resulta confuso.

—Sí, aunque me sorprenden las líneas y las formas que emplean. ¿Son completamente ciegos?

—Algunos tienen ceguera total, otros solo ven bultos, movimiento... Yo, por ejemplo, tengo ceguera parcial. Aprecio algunas formas, contornos...

Permanece con la mirada fija en el chico, en esa parte de su rostro que parece desvincularse de todo lo demás. Le resulta más seguro de sí mismo así, sentado entre los dibujos, que cuando caminaba del brazo de su madre. No tarda en enterarse de que se llama Román, tiene veintiún años y es profesor de expresión artística para niños invidentes.

—¿Siempre fue así? ¿Naciste ciego?

—No. Hace años mis ojos eran normales.

Román retira la cara y, una vez más, ordena los folletos. Los coloca en tres montones; cuando termina de hacerlo, lo poco que queda de su mirada se pierde cerca de Mar una vez más.

—¿Tienes hijos? Por tu voz pareces una mujer joven.

—No, no tengo hijos, pero soy madre de uno. Tiene más o menos tu edad.

—¿Eres madre de un no hijo?

—Sí, algo parecido.

—Y seguro que no es ciego...

—No, pero tú pareces ver muchas más cosas que él, no me cabe duda.

—Puede que deteste lo que tiene delante y prefiera no verlo, ¿has pensado en eso? Les sucede a muchas personas.

—No sé, quizá no se guste a sí mismo...

Mar observa cómo Román se lleva la mano a la cabeza y se retira un mechón de pelo rojizo que le cae por una frente ancha y blanca. Su piel es casi transparente. Sus cejas pobladas suben y bajan, sustituyendo al movimiento de los ojos vacíos. No comprende muy bien qué la empuja a detenerse y hablar con él. Hace unos minutos huía de cualquier contacto humano y ahora mantiene una conversación con un extraño en plena calle.

—¿Tú pintas?

—A veces. En realidad, soy una especie de escultora retirada.

—¿Retirada? Es difícil creerse algo así, un artista no se retira, los peces no salen del agua y los pájaros no dejan de volar.

—Bueno... en realidad es como una fuente que un día se agrieta y el agua se escapa y, aunque intentemos llenarla de nuevo, nunca lo conseguiremos.

—¿Qué cosas esculpías cuando la fuente estaba llena y no perdía agua?

—Figuras humanas.

—Entonces no te gusta la abstracción, ¿no? Eres una escultora en el sentido clásico, hacedora de figuras humanas, heredera de mitos paganos y todo eso...

Mar sonrío. Su afectación resulta tierna.

—Yo no iría tan lejos. La verdad es que ahora expongo las esculturas de los demás: tengo una galería de arte. Ya sabes... si no crees en lo que haces, es mejor que creas en lo que hacen otros.

Pronuncia sin apenas convencimiento las últimas dos palabras, el tono de su voz cae aburrido, como si escuchar aquello resultase una falacia, otra excusa más en su vida, un pretexto.

—¡Galerista! Lo dices con pena; es una bonita profesión y, además, nada ni nadie te impide volver a esculpir cuerpos, seres perfectos, que nacen de materiales puros como el mármol o el marfil. ¡Dioses!

Las palabras de Román salen acaloradas, con un entusiasmo excesivo que no deja de divertir a Mar. La vitalidad que acompaña a su voz contrasta con el aire mortecino que ha estado respirando en el hospital, con la apatía que impregna todos y cada uno de los gestos de Mateo.

—No creo que mi escultura encerrase nada divino, al contrario, creo que es la naturaleza lo que siempre me ha inspirado, la fuente de la que he bebido. Quizá tengas razón, no hay fuentes secas, sino un alto en el camino, una pérdida de amor en uno mismo. Aunque a veces pienso que quizá me ponga excusas.

—Tú tampoco parece gustarte demasiado.

Mar, al mirar a Román, se da cuenta de que hay algo en él extraordinario, está más cerca de la senectud que de una aparente juventud. Ve en él una tregua con la vida, un pacto algo extraño. Su rostro emana serenidad contenida, como si, al no poder ver los objetos tal y como los vemos los demás, tuviese una ventaja sobre el resto: la ventaja de no necesitar hacerlo. La vida no parece pesarle, al contrario, cabalga sobre ella.

—¿Cómo pintáis si no podéis ver el trazo?

—Cada uno lo hace como quiere. Yo en los talleres utilizo una técnica que aprendí de un pintor turco. Se llama Esref Armagan y es ciego de nacimiento.

—Y ¿ese tal Armagan utiliza pinceles?

—¡Qué va! Usa los dedos, como vosotros los escultores. Si te interesa vernos pintar, te invito a que te pases un día por la escuela. Verás la dirección en el folleto. Quién sabe, quizá te entren unas ganas repentinas de volver a crear.

Mar mete en el bolso uno de los folletos que Román le da y, antes de marcharse, pasea de nuevo entre los dibujos infantiles. Vuelve a pensar en la ceguera, en su propia ceguera, en la de Mateo, en la de Álvaro. Compara a Román con Mateo: ambos tienen la misma edad; pese a ello, el tiempo de Román parece estar esculpido en piedra, y el de Mateo, en miga de pan. Mar tenía veintiún años cuando ambos se encontraron por primera vez. Al tenerlo enfrente, frágil, vulnerable, se convirtió en una intrusa, una intrusa que de repente irrumpía en la vida de un niño. Fue en ese instante cuando vio por primera vez esa tímida sombra de tristeza en los ojos de Mateo.

Ese día no tuvo tiempo siquiera de prepararse para el encuentro, Álvaro no la avisó de que irían a recogerlo a la guardería. Álvaro era así siempre, absolutamente imprevisible. Eso fue lo que la cautivó de él al principio y lo que más tarde la alteraría profundamente. Nunca antes había estado en una guardería, así que, cuando se encontró frente a la puerta, en vez de ser consciente de que Álvaro iba a presentarle a su hijo, solo pensó en cómo sería aquel lugar por dentro. Mar siguió a Álvaro: «Tú no entres», le dijo. Ella obedeció. Mateo, que apenas contaba entonces con un año, salió en brazos de su padre. Era un niño de facciones congeladas, que no invitaban a reposar la mirada, de gestos mecánicos. Supo de su existencia a las pocas semanas de conocer a Álvaro. «Tengo un hijo, ¿sabes?», dijo

como si hablase de un dolor muscular. Esa noche ella no fue en absoluto consciente de la frialdad de aquel anuncio repentino. Se veían poco. La madre de Mateo, sobre la cual Mar no se atrevió a preguntar hasta ese día, era extranjera y no vivía en Madrid. Álvaro rara vez hablaba de ella y, cuando lo hacía, no pronunciaba su nombre, tan solo era *la madre*. Mateo pasaba casi todo el tiempo con su abuela. Entre semana Álvaro lo recogía en la guardería y, de vez en cuando, compartía con él algún fin de semana durante el cual ella prefería irse de la casa.

Mar se sobresalta al tropezarse con Mateo, que, con un ímpetu medido, se atraviesa en su camino en plena Gran Vía.

—Mateo, ¿qué estás haciendo aquí?

La mira con rudeza; es una mirada de hombre adulto, de adulto violento, contrariado.

—Te espío.

—¿Estás tonto? ¿Cómo que me espías? Pensé que te habías ido a casa hace un buen rato.

—Cambié de opinión. ¿Y tú? ¿Qué coño hacías hablando con ese tío raro?

—No es asunto tuyo y, además, no es raro, solo es ciego.

—Dame dinero, anda, que quiero comprarme un par de cosas en Fuencarral.

—No, lo siento.

—¿Cómo que no? ¡Joder! Mar, solo te estoy pidiendo algo de pasta.

—Y yo solo te estoy diciendo que no.

—Jódete, tía, eres la hostia.

—Lo siento, Mateo, pero voy a coger un taxi y regreso a casa; si quieres venir, bien, y si no... tú verás.

Deja a Mateo por segunda vez en medio de la calle; se ha quedado quieto con los brazos alzados y un gesto desagradable. Mar detiene un taxi. Él no hace amago de seguirla y ella no le da la oportunidad de que se lo piense. Sabe que estará varios días sin apenas mirarla, que dejarán de cruzarse en el pasillo y que llegará tarde a cenar. La casa se llenará de la brusquedad de Mateo, portazos, sonidos poco amables que vestirán una vez más el espacio que comparten. No quiere darle dinero, no quiere ponérselo fácil. Dentro del taxi respira incómoda la agresividad de un ambientador, una mezcla de plástico y perfume barato, un olor hecho de aristas. Baja la ventanilla mientras observa como el taxista la vigila por el espejo retrovisor. Quiere vomitar.